

RAYO DE LUZ

**NOCHE DE SAN JUAN* 23-24 JUNIO 2005*

Algunas personas identifican esta noche como una celebración católica en conmemoración al nacimiento de San Juan Bautista; otras personas van más allá del empeño de la Iglesia en cristianizarlo todo y la identifican como la celebración del solsticio de verano, como una noche en la cuál se abren las puertas interdimensionales y en la que el principal protagonista es el fuego, retratado como purificador y protector.

Y de hecho esta fiesta es muy anterior a la religión católica, pudiéndose encontrar antecedentes por ejemplo en la celebración celta de Beltaine, en las fiestas griegas dedicadas al dios Apolo, o en las romanas dedicadas a la diosa Minerva.

Lo que sí está claro es que durante esta noche la naturaleza, las estrellas y el hombre se unen para celebrar una fiesta cargada de magia, y los que alguna vez hemos compartido con Rayo de Luz la noche de San Juan, la identificamos más bien con dicha magia, con las quemadas, con la limpieza... Y no hablo de coger una escoba y barrer la casa (que tampoco estaría mal), si no más bien de barrer dentro de nosotros mismos, para eliminar así aquello que no debe permanecer allí, y dejar paso a lo que deseamos que llegue, y a lo que debe llegar.

No es fácil para nadie replantearse su existencia, sentarse a solas con uno mismo y decidir correctamente qué es lo que está más fuera de lugar en nuestra vida, de qué deberíamos prescindir con más urgencia, qué es lo que más nos frena en este momento del camino hasta el punto de permitirnos el lujo de no seguir caminando.

Tampoco es fácil decidir qué es exactamente lo que más falta nos hace, abrir los brazos con humildad y honradez para dejar entrar en nuestra vida eso que tanto tiempo llevamos anhelando pero que a la vez tanto tiempo nos está costando atrevernos a aceptar. Teniendo en cuenta que normalmente eso que más falta nos hace está ya en nosotros, se hace más difícil aún dejar a un lado la idea de pedir que llegue, para atreverse a pedir que sea liberado.

Y allí estábamos, para unos un año más, para otros el primero, y quizá para algunos el último, quién sabe.

Como en esta ocasión el coche de Dirección llegaba puntual, digamos que otro coche decidió llegar tarde... por solidaridad... Claro que así pudimos disfrutar en el viaje de la tormenta eléctrica que se estaba preparando, y que cada vez estaba... más cerca del lugar al que nos dirigíamos.

Tras un frenazo de la conductora escasos segundos después de haber comprendido que se estaba pasando el desvío (tras haberlo comprendido sumado a cuatro personas diciéndole al unísono que frenara...), llegaron los achuchones varios de bienvenida, y después de que nos cayeran algunas gotas encima, a unos más que a otros, organizamos todo como pudimos para resguardarnos de la lluvia en plena sierra de Madrid.

Del ritual que acompañó a la queimada poco se puede añadir. Hay una canción que dice: “la noche de San Juan, donde queman los recuerdos”. Pero no creo que se trate de quemar los recuerdos en una hoguera, si no más bien de conseguir que esos recuerdos dejen de quemarnos, y se conviertan sólo en eso, en recuerdos.

Recuerdo que en mi primera noche de San Juan, hace tres años, no estuve muy acertada a la hora de decidir con humildad y honestidad, y pedí que entrara en mi vida (o más bien que permaneciera) algo que sabía que no me convenía para poder seguir creciendo, para avanzar en este “camino de la estrella”. Pocos meses después pude rectificar... menos mal. Aquella fue la única manera de que ese “algo” dejara de quemarme.

Lo que quiero decir es que muchas veces lo que deseamos o creemos desear con más fuerza es lo que menos debemos desear, porque es justamente lo que más nos daña, lo que más nos limita, lo que más ata nuestra alma y desata nuestro ego.

Y este año allí estábamos, sentados en torno a la queimada, y sumidos cada uno en sus propios pensamientos tras haber abierto la puerta con intención de dejar salir lo peor de nosotros, y esperando en el umbral con la esperanza de dar la bienvenida a lo mejor.

Uno a uno tuvimos la oportunidad de pedir al cielo, por nosotros y por aquellos por quienes correspondía hacerlo en ese momento; y uno a uno tuvimos la

oportunidad de llevarlo a cabo desde el alma y de manera incondicional. Imagino que aquí como en todo cada uno aprovechó esta oportunidad en la medida de sus posibilidades, o más bien en la medida en que estuvo dispuesto a hacerlo.

Tras una quemada muy intensa que dio lugar a un sin fin de pensamientos y sentimientos, a lo que dimos lugar fue al siguiente capítulo (por así decirlo), en el que dejando a un lado el fuego lo que prevalecía era el chocolate, las gominolas, etc. Y sobre todo los dulces alemanes, que nos dejaron además de un agradable sabor una convincente lección idiomática de Margarita.

Si no doy constancia de lo que voy a decir ahora no estaría siendo justa, ni conmigo misma ni con las personas que compartieron aquella noche. Así que aún a riesgo de ser quemada yo en una hoguera...

Y es que todo lo bueno tiene algo “malo” del mismo modo que todo lo “malo” tiene algo bueno. Así que lo mucho que tenía de bueno la presencia de algunas personas en concreto aquella noche, tuvo de malo el hecho de que sin previo aviso y sin consideración hacia las personas allí presentes recogieran sus cosas y se marcharan.

Hay algo muy sencillo que se llama “trabajo en equipo”, y quizá para los que no llevan mucho tiempo haciendo el camino de la estrella, o para los que creen estar haciéndolo y se niegan a aceptar que no es así, este término no tenga todo el valor que debería tener. La realidad es que somos un grupo de trabajo, con sus más y sus menos, con sus confianzas y desconfianzas, con sus luchas constantes... pero a fin de cuentas, un grupo que precisa de cada miembro para mantener el equilibrio cuando se está realizando una actividad en conjunto. Y si un miembro falla, está claro que guste o no, desequilibra el estado del grupo, tanto para las personas que se quedan como para las personas que se van.

A esto añadiré que para colmo se incrementa el trabajo de Margarita, y creo que ya tiene bastante como para añadirle más.

Quiero dejar claro no obstante que cada uno es libre, sobre todo de marcharse cuando quiera hacerlo o cuando sienta la necesidad, pero también quiero dejar claro que en la conciencia de cada uno quedan los motivos por los que lo hace, y el aprender

a distinguir si son motivos de luz o motivos de sombra. Y en la conciencia de cada uno queda la forma en que lo hace, especialmente si dejan a un lado una lección tan importante como es el respeto.

Y mientras me consumo en la hoguera mental de quien esté leyendo esto y se de por aludido... seguiré pensando aquello de “fuego purifícame”, y seguiré dejando la puerta abierta, sabiendo que no sirve de nada esperar en el umbral sólo para dar la bienvenida, si no que además hay que armarse de valor y voluntad para llegar al otro lado y ser cada día un poquito más de lo que se es, ser cada día un poquito más luz. Y quién sabe, quizá llegue una noche de San Juan en que no tengamos que eliminar de nosotros la peor parte, porque hayamos sido capaces de dejarla en el camino justo antes de reencontrar nuestra alma...

Almudena Paz